

**LA REVOLUCION
DEL DOCTOR
UEBERSCHLAG**

LA REVOLUCION DEL DOCTOR
UEBERSCHLAG EN LA
CAMPANA DE 1954





El pabellón central, que abriga las dependencias del médico-director y de la Administración, se abre sobre un parque

LANNEMEZAN:

EL LUGAR DONDE VUELVEN A LA VIDA LOS MENOS RAZONABLES

por **RAYMOND DAROLLE**

«**A** MIGO visitante: estás en el dominio de los enfermos mentales de los Altos Pirineos. Te rogamos que no seas menos razonable que ellos...»

He encontrado esta advertencia pintada en grandes letras sobre un cartel colocado al borde de la carretera que va desde Toulouse a Lannemezan, a dos kilómetros de esta aldea, situada al pie de los Pirineos. El visitante no es, pues, ni un intruso ni un indeseable: es un «amigo». Tras esta primera sorpresa le aguardan otras: aquí no hay ni grilletes ni murallas. Más tarde, al recorrer el lugar, descubrirá con no menor sorpresa que las puertas de los pabellones donde viven los enfermos nunca están cerradas. En este establecimiento, que no se parece a ningún otro, se puede entrar libremente —y salir!—, circular, mirar, preguntar...

Hace quince años, en este tranquilo panorama comenzó una prodigiosa experiencia. Fue intentada por un médico que debe a las pruebas de su propia vida la orientación vocacional.

En 1939 un hombre joven terminaba en Estrasburgo sus estudios de medicina. Se llamaba Henri Ueberschlag y había decidido hacerse psiquiatra, quizá porque los enfermos mentales le parecían los más desheredados. Dos años más tarde figura como médico en el hospital de Hoerdt. Un día, los alemanes le ordenan realizar un crimen y su conciencia se rebela: se le exige que practique la eutanasia en ciertos enfermos, que les dé muerte. Pero él sabe que su deber es salvar vidas humanas. El joven doctor Ueberschlag rechaza la orden. Unos días más tarde lo destierran a Alemania.

En su caso, otro médico cualquiera se hubiera dedicado a observar



Las puertas de los pabellones no se cierran. No hay barrotes ni murallas para cercar este lugar. Los visitantes pueden entrar libremente

SIGUE

LANNEMEZAN

la decadencia física de sus compañeros de cautiverio. El descubrirá las consecuencias de la deportación sobre aquellos que comparten su suerte: los «peligrosos presidiarios» que se ven bruscamente privados de su libertad y condenados a vivir en la más espantosa promiscuidad.

De esta manera, el doctor encontró la respuesta a un problema que le atormentaba. Si los enfermos mentales se curaban solo raras veces, era precisamente porque su encierro en un hospital psiquiátrico agravaba, en la mayoría de los casos, su estado.

Utilizar la palabra «encarcelamiento», aplicada a la situación de estos enfermos, no resulta exagerado si se piensa en lo que eran no hace tanto tiempo algunos establecimientos de este tipo. En una de sus obras, André Soubiran, médico y novelista, cita las siguientes líneas, extraídas de un informe oficial: «Hemos visto a 812 enfermos hacinados en dos viejos inmuebles, ya centenarios, previstos en principio para 500 personas. Los enfermos y el personal están condenados a una hazaña perpetua. Hay un lavadero, cuyas pilas son todavía de madera. El olor es insoportable y las ropas salen más sucias que a su entrada. No existe sala de reunión ni está programada distracción alguna. En cuanto al patio, hemos atravesado uno: es un verdadero patio de prisión, rodeado de muros elevados. Doscientos enfermos conviven allí hacinados, aullando, unos, completamente idiosos otros, absortos como bestias. Algunos están sentados en bancos y otros comen en el suelo, porque no tienen sitio para sentarse. La comida se les sirve en escudillas grasientas, que no se pondrían a un animal. No tienen muda de repuesto. Visten trajes de prisioneros. Llevan vestidos de estameña y se calzaban con zuecos. También carecen de ropa de noche.»

Estas líneas alucinantes, que constituyen la más sangrienta requisitoria contra ciertos establecimientos psiquiátricos, han sido escritas hace solo doce años. Están extraídas del informe de la Comisión Investigadora del Parlamento que en 1950 visitó el hospital psiquiátrico de Quimper.

revolución en lannemezan

Cuando el doctor Ueberschlag fue nombrado médico-director del hospital de Lannemezan, decidió realizar una revolución.

El proyecto ya estaba preparado. El arquitecto que dibujó los planos había previsto pabellones de una sola planta alrededor de una zona central que cobijaría la dirección y la administración, con árboles, césped y flores. Iniciativa revolucionaria: los barrotes verticales de las ventanas habían sido reemplazados por barrotes horizontales, lo que bastaba para modificar la apariencia de estos locales, despojándoles de su tradicional aspecto de prisión.

A pesar de todo, los prejuicios seguían siendo hondos. El predecesor del doctor Ueberschlag no había visitado nunca a los enfermos sin hacerse escoltar por dos «enfermeros» con mayor competencia boxística que médica.

SIGUE

Agricultores y pensionistas en el comedor del pabellón. Sobre la chimenea, un aparato de televisión. Hay diversas distracciones y el lugar es acogedor



El domingo por la tarde hay baile en la sala de fiestas, decorada por los pensionistas. Los médicos reconocen que antaño el clima sexual era espantoso

Una de las actividades ofrecidas a las jóvenes pensionistas: la danza. Su profesora es una enfermera, que enseña con gusto muchas piezas de baile





en los asilos y hospitales psiquiátricos. Sin embargo, la experiencia intentada por el doctor Ueberschlag ha normalizado las relaciones entre los pensionistas. Es cierto que el doctor Ueberschlag ha tenido que estudiar a fondo para resolver este grave problema, pero los resultados no han podido ser más satisfactorios

Los cursos de enseñanza de las tareas del hogar reúnen a las jóvenes de catorce a diecisiete años. Sor Teresa, que fue durante veintidós años misionera en la India, antes de llegar a ser una de las colaboradoras del doctor Ueberschlag, inicia en la costura a algunas de sus alumnas. Otra enseñanza más para estas chicas



NI MUROS, NI REJAS, NI SOLEDAD: "ELLOS" TAMBIÉN

¿Qué se pedía en otros tiempos a los psiquiatras? Librar a la calle de gentes peligrosas e irresponsables. No se les daba medios para cuidarlos, a menos que se reconocieran virtudes terapéuticas a la ducha fría y a la camisa de fuerza.

El administrador que en Lannemezan secunda al médico-director en el plano administrativo había visto salir en el hospital donde trabajaba anteriormente a tres enfermos en cinco años. Tres enfermos curados entre ochocientos.

En Lannemezan, de una población de 1.100 enfermos, se registran cuatrocientas entradas y salidas por año. Esto quiere decir que 400 hombres y mujeres, en otras épocas perdidos para la sociedad, le son ahora devueltos cada año. Cuatrocientas personas vuelven a ocupar sus puestos en la oficina, el taller o la fábrica.

Se puede afirmar, sin lugar a dudas, que desde hace diez años se han realizado enormes progresos en el dominio terapéutico con respecto a los enfermos mentales. Cada vez son más numerosos los psiquiatras que han renunciado al «electroshock» en beneficio de nuevos calmantes, y esto ha hecho casi desaparecer lo que antes se llamaba el «loco furioso».

Por otra parte, la «ergoterapia», la curación por medio del trabajo, ha salvado seguramente a millares de enfermos. Pero la «ergoterapia» no es más que un aspecto: lo que confiere al hospital de Lannemezan su carácter ejemplar es la atención prestada a la «socioterapia», que trata de reintegrar al enfermo mental en la sociedad.

Los datos facilitados por la familia del enfermo, las conversaciones que los médicos tienen con él y el clásico electroencefalograma, son elementos indispensables para el diagnóstico. Además, se intenta siempre procurar al paciente una actividad conforme a su estado, gustos y aptitudes.

Sin embargo, hay alienados momentánea o definitivamente inadaptables a cualquier trabajo. Para ellos se organizan sesiones de «desbloqueo» por la mañana y a mediodía. Los enfermos aprenden nuevamente a dirigir y coordinar sus movimientos. Hace un cuarto de siglo

Una singularidad del hospital de Lannemezan. Su salón de peluquería ultramoderno. El corte y el ondulado son gratuitos, pero las pensionistas pueden utilizar su dinero en la compra de carmín, perfume, champú, etc.



El hospital tiene su banda, su coro y su orquesta. A los enfermos, a quienes

estos enfermos, con la camisa de fuerza, incluso a veces encadenados, hubieran sido abandonados a su trágica suerte en sórdidas celdas.

Los enfermos menos afectados son destinados a talleres donde, en la medida de lo posible, fabricarán objetos útiles para sus compañeros. Esta producción es, desde luego, para «uso interno». Lo que se fabrica no es nunca vendido; de lo contrario, la tentación para orientar las actividades del hospital hacia un fin lucrativo sería demasiado fuerte.

Un día se descubre que hacen falta esteras para el suelo. Los enfermos se dedican a tejer la rafia. Entre ellos, algunos tenían gusto, imaginación, destreza. Y fabricaron tapicerías que hoy el visitante contempla con una extrañeza admirativa. También son obra suya las alpargatas y la ropa interior.

una comunidad de 1.500 personas

El hospital tiene su panadería moderna, indispensable para una comunidad de 1.500 personas —1.100 enfermos, 300 enfermeros y un centenar de empleados y auxiliares diversos.

Hacían falta cestos para el parque. También se fabricaron en la casa, sin temor a confiar a los enfermos los instrumentos de trabajo que los enfermeros de hace veinte años nunca hubieran tolerado en sus manos.

El doctor Ueberschlager ha asociado a la empresa a todos sus colaboradores. En todas sus actividades, los hospitalizados de Lannemezan están dirigidos por enfermeros, mujeres y hombres, diplomados, aunque no tengan las clásicas responsabilidades médicas. Los jefes de taller, el re-

SON LIBRES



no se les permite trabajar, se les enseña a tocar el tambor y a marcar el paso. Otros, que están en un grado más adelantado, aprenden a tocar el cornetín

gente de la imprenta donde se tira «Minerva», periódico de los enfermos; el gerente de la cantina, capataz de la granja, el director de coro y de la orquesta, todos, sin excepción, tienen su diploma de enfermero. ¿Por qué esta norma imperativa? Simplemente porque los monitores especializados, sin formación médica, sentirían simplemente un afán de «rendimiento». Seguramente pretenderían producir más y mejor, olvidando que el objetivo perseguido es mejorar el estado de cada enfermo, considerado aisladamente. Si el rendimiento de un taller es satisfactorio, tanto mejor; si es mediocre, importa muy poco.

Por ello, algunas de las actividades de los enfermos pueden no aportar provecho material a la colectividad: el coro y la orquesta, por ejemplo. También la escuela de enseñanza doméstica, a la que asisten las jóvenes de catorce a diecisiete años. Su aprendizaje les facilitará, sin duda, su futuro destino, cuando, una vez curadas, retornen al hogar.

En fin, cualquiera que sea su actividad, los acogidos reciben una pequeña suma de dinero para sus gastos. El concepto que rige es que sin dinero, el hombre no se siente libre. Pero cuando se le ha dado dinero es preciso que pueda gastarlo. ¿Dónde? En la cantina. Bebidas autorizadas: cerveza, café y soda.

Al comienzo de su experiencia, el doctor Ueberlchlag ha hecho una curiosa constatación. Los hombres gastaban todo lo que tenían en la cantina; pero las mujeres ahorraban. El sistema era imperfecto. El astuto médico —un psiquiatra debe ser, ante todo, psicólogo— decidió añadir una sección de perfumería al salón de peluquería. Ahora las mujeres se muestran encantadas de poder procurarse los elementos tradicionales de la coquetería: carmin, perfumes, etc. **SIGUE**



El electroencefalograma es uno de los principales elementos de diagnóstico para el psiquiatra. El examen, bastante impresionante para el profano, es absolutamente indoloro y puede ser perfectamente soportado por el enfermo

LANNEMEZAN



Los niños (del personal o de los visitantes) tienen a su disposición balancines y toboganes. Una bella idea para los juegos y las distracciones de los chiquillos



El resultado no se ha hecho esperar. El año pasado, doce millones de francos antiguos han sido distribuidos entre los enfermos, mientras que la cantina y el salón de peluquería ingresaban también doce millones. El sistema funciona ya perfectamente.

domingo en el «luna park»

En Lannemezan hay algo que no existe en ningún otro establecimiento de su tipo: un extraordinario «Luna Park», al que cada domingo afluyen los habitantes del lugar, tanto los jóvenes como los «menos jóvenes». Es muy probable que no haya otro pueblo en que los padres digan a sus hijos:

—Puesto que no has sido bueno, no irás el domingo al hospital. Porque el domingo, una atmósfera de «kermesse» aproxima a los enfermos y visitantes, sin que nunca se pueda distinguir a unos de otros. Se pasea en botes a pedal sobre un lago artificial; se distribuye la comida a los jabalíes del parque zoológico; se admira el plumaje de los pájaros exóticos reunidos en inmensas jaulas...



El domingo por la mañana la santa misa reúne a varios centenares de enfermos. Nada falta, ni siquiera eguuardia suizo», como en el Vaticano...

Los más pequeños se aferran a interminables juegos de balancín o tobogán, o al ferrocarril en miniatura, que parece de Disneyland y que ha sido enteramente construido por los enfermos. El lago artificial pone en este decorado alegre una nota romántica.

Los enfermos han constituido el grupo «Amistad», que dirige la cantina, y el «Luna Park». Este grupo se encarga de las fiestas, las sesiones de cine, las excursiones, la distribución de los regalos de Navidad, y de la preparación del carnaval, que atrae siempre a millares de turistas. También se ocupa de adquirir los discos para el baile de la tarde dominical. Un día a la semana, los amantes del tango y del pasodoble se dan cita en la sala de fiestas. Es probable que cuando el doctor Ueberschlag decidió permitir el baile haya habido alguna retención. Las religiosas que le ayudan en su tarea se inquietaron un poco. Más tarde hubo que admitir que el baile del domingo había normalizado las relaciones entre los enfermos y les había devuelto el respeto a sí mismos.

Una vez más el doctor había tenido razón.

R. D.

(Un servicio especial de *Europress*.)



En otro tiempo las probabilidades de un enfermo en abandonar el asilo eran muy pequeñas. En Lannemezan, esta escena: un hombre curado que se va, maleta en mano. Sobre un total de 1.100 enfermos, hay 400 salidas por año

FIN